

# REPÚBLICA DOMINICANA CON PAULINA – FEBRERO/MARZO DE 2026

## Parte 1

25.2.2026 A las 4:30 de la madrugada nos recoge el taxi. A esta hora del día estamos bastante callados, pero el taxista no tanto. Nos cuenta con mucho gusto todo lo que le parece importante: “Ahí hay obras desde hace tres años, pero nadie asfalta, nunca se ve a nadie por ahí. En China construyen una ciudad de millones de habitantes en una semana, en Europa tardan tres años en asfaltar. Bájense ahí, luego tomen el ascensor, es más rápido, porque arriba hay obras, ya van tres años. En China... - Volar vía Dubái es lo más rápido. Con Rainer (probablemente se refiere a Ryanair) no cuesta mucho y el año que viene va a estar en quiebra, el Rainer barato. – ¿Qué, no se puede volar vía Dubái?, sí, sí... Iberia... ¿Es española, o no?” ¡Sabe TANTO! Casi un poquito tristes nos despedimos de él y volamos a Madrid, donde tenemos que esperar 4 horas y media para el vuelo de conexión a Santo Domingo. Paulina ya está en Bogotá, tenemos tiempo de sobra para chatear, porque ella pasa allí 6 horas. A las 19:50 (0:50 en Austria) aterrizamos en Santo Domingo, donde Paulina ya nos está esperando, ¡estamos muy felices! Un taxi nos lleva al Hotel Class Colonial, en el barrio colonial de Santo Domingo, como su nombre ya lo hace suponer. Estamos más que horrorizados con nuestra habitación: es minúscula, todo está dañado y/o oxidado; al intentar cerrar la cortina, a Jürgen casi le mata la barra que se cae, una locura total. Nos quejamos, ¡esto no es lo que reservamos!, y nos prometen una habitación mejor para mañana...

26.2. Después del desayuno más bien regular en el idílico jardín del hotel, nos trasladamos a nuestra nueva y bonita habitación, y el mundo vuelve a estar en orden. Damos un paseo por el centro histórico, donde Paulina coquetea con todo tipo de estatuas para poner celoso a Israel, según ella misma afirma. Preguntamos por él y nos alegra saber que se encuentra mucho mejor, que incluso ya puede volver a trabajar y que, por eso, está muy feliz. Unos «talentosos» músicos callejeros intentan impedir que conversemos, pero somos insistentes. Aquí unas cuantas impresiones de la colorida vida en las calles inundadas de sol. ¡Un alivio después de este invierno interminable!



La fortaleza



Paulina y el jinete



Paulina y el buey



La catedral



Paulina y la figura triste



Los ruidosos del Parque Colón



La familia feliz en el Parque Colón

Por la noche tenemos que cruzar el Malecón para llegar al restaurante Luis. Para la República Dominicana no existen los peatones, a menos que se trate de turistas. Para ellos está la «Policía turística» (abreviada «Politur»), y esta hace su trabajo con mucha seriedad, pues cuando dos de sus agentes nos ven desorientados al borde de la carretera, detienen el tráfico y así logramos llegar al restaurante. La arriesgada acción valió la pena, porque la comida es deliciosa: dorada, puré de yuca, pollo asado, puré de plátano con chicharrones... Después nos vamos a tomar unas copas a un local de karaoke muy animado en el Parque Colón. Al lado, una Tina Turner dominicana, no precisamente muy talentosa, grita a todo pulmón. Cuando tenemos que entrar al local de camino al baño, nos quedamos paralizados por el frío, y la música ensordecedora nos deja sin aliento. Un bailarín muy mayor es aplastado por una mujer corpulenta y llena de energía; a pesar de eso, logra meterle mano a Paulina, pero ella no tiene interés, seguramente está malacostumbrada por tantas estatuas hoy...

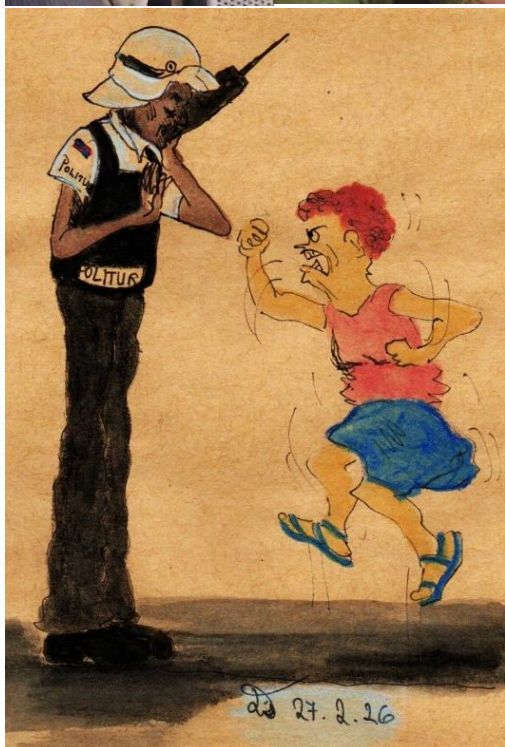


27.2. Para escapar del bullicio y las multitudes que hoy celebrarán el Día de la Independencia, pedimos al taxista Domingo que nos lleve al Jardín Botánico, donde paseamos durante unas horas y admiramos las hermosas plantas tropicales.



En el camino de regreso nos encontramos con un tapón enorme, porque muchas calles están cerradas debido al desfile de la Independencia. Cuando ya no se puede avanzar nada, nos bajamos del taxi de Domingo y seguimos a pie. Sin embargo, así llegamos al Malecón, del que Kitty nos había advertido con insistencia: «Demasiado peligroso, demasiados borrachos, policías demasiado indulgentes». Cuando llegamos, se está llevando a cabo un desfile militar y se escuchan disparos de cañón. Es una bienvenida digna para nosotros, así nos parece muy bien. Y, en contra de todas las advertencias de los expertos, no nos roban ni nos matan.

Por la noche nos lanzamos al alegre tumulto del carnaval en el Parque Colón y comemos el plato típico de la fiesta, la «Bandera Dominicana», un delicioso guiso de frijoles con pollo, arroz y ensalada. Varios músicos intentan superarse unos a otros, juglares y bufones van de local en local, es más que genial. Y entonces llega el punto culminante de la noche: una abuelita dominicana flaca entra enérgicamente al local, se dirige a una mesa donde comen dos señores mayores, les quita las servilletas de papel, las rompe en mil pedazos y las lanza al aire. Mientras tanto, balbucea cosas incomprensibles. Cuando la mesera le pide que salga del local, empieza a maldecir furiosamente y a darle puñetazos. Un policía llega enseguida y, mientras él y la mesera la sacan del local, ella pone una expresión de mártir que parte el corazón. Afuera sigue maldiciendo y golpeando al policía, quien la calma con gestos tranquilos. No sabemos por qué, pero después de unos minutos echa la cabeza hacia atrás con orgullo y se aleja moviendo las caderas. Ahora podemos volver a disfrutar tranquilamente de las pésimas actuaciones de karaoke en nuestro lugar, ¡una noche maravillosa!



28.2. Hoy nos damos cuenta una vez más de lo lejos que están los sueños de la realidad. Queremos visitar el faro a Colón, al que se llega en una hora a pie, según dice la guía de viajes. Me imagino un faro blanco, y el camino hasta allí seguramente será un paseo marítimo bordeado de palmeras con cafés agradables donde detenerse un rato; así debe de ser. Y NO es así. Empezamos a caminar y llegamos a la carretera de cuatro carriles, por la que se puede «pasear maravillosamente». Vehículos de todo tipo que circulan a toda velocidad, adelantando por la derecha y por la izquierda, depósitos de basura, edificios industriales semiderruidos, casas y «hoteles» completamente en ruinas, ni un semáforo ni un paso de peatones a la vista. Un policía detiene el tráfico para nosotros, cruzamos un puente, basura por todas partes, sobre todo botellas de plástico, otra carretera rápida, pero como allí vive gente, incluso hay un paso de peatones. Los locales nos ayudan, porque por más que lo intentamos no encontramos ese faro. Resulta que no está junto al mar, sino en una colina, y... es horriblemente feo. ¡Una cruz de hormigón tumbada, de 250 m de largo, 40 m de ancho y 50 m de alto! Por la noche, se dice que su luz se ve hasta en Puerto Rico. Más tarde, un taxista nos contará que ya solo se enciende en días festivos importantes, porque el consumo de energía es demasiado alto. Supuestamente, en su interior se encuentran los restos de Colón, pero a nosotros no nos importa, solo queremos irnos de ahí, pero... no hay taxis en ese lugar. ¿Volver todo eso a pie? ¡Por favor, no! Por suerte, hay una policía que nos llama un taxi; ¡estos policías realmente valen su peso en oro! No les voy a ahorrar la vista del faro, jeje.



Para compensarnos por el esfuerzo, damos un recorrido en el tren Chu-Chu Colonial por el centro histórico.



La tienda de ron de Ximena



„No se recueste, pared falsa“ 😊

El primer hospital de América, 1503

2.3. El conductor José «viene a recogernos» para llevarnos a Jarabacoa, es decir, nos espera en el hotel equivocado con el auto equivocado, pero al final todo sale bien y nos ponemos en marcha. José no es «tan» pacífico como Domingo, se lanza al infierno del tráfico, todo circula desordenadamente, el más fuerte se impone. Autopista, bullicio, velocidad, cambios de carril, nos adelantan por la derecha y por la izquierda, un motociclista abre una pista de Fórmula 1 en el extremo izquierdo. De vez en cuando nos cruzamos con peatones. José, el conductor más loco, me hace prestar atención a mi elección de palabras, ya que las últimas deben sonar bien elegidas. En una parada en un área de servicio, nos demuestra que también fuera del auto es discreto y sensible.



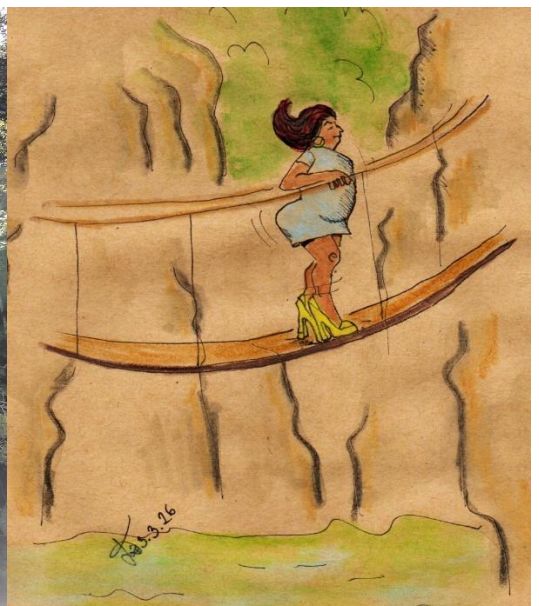
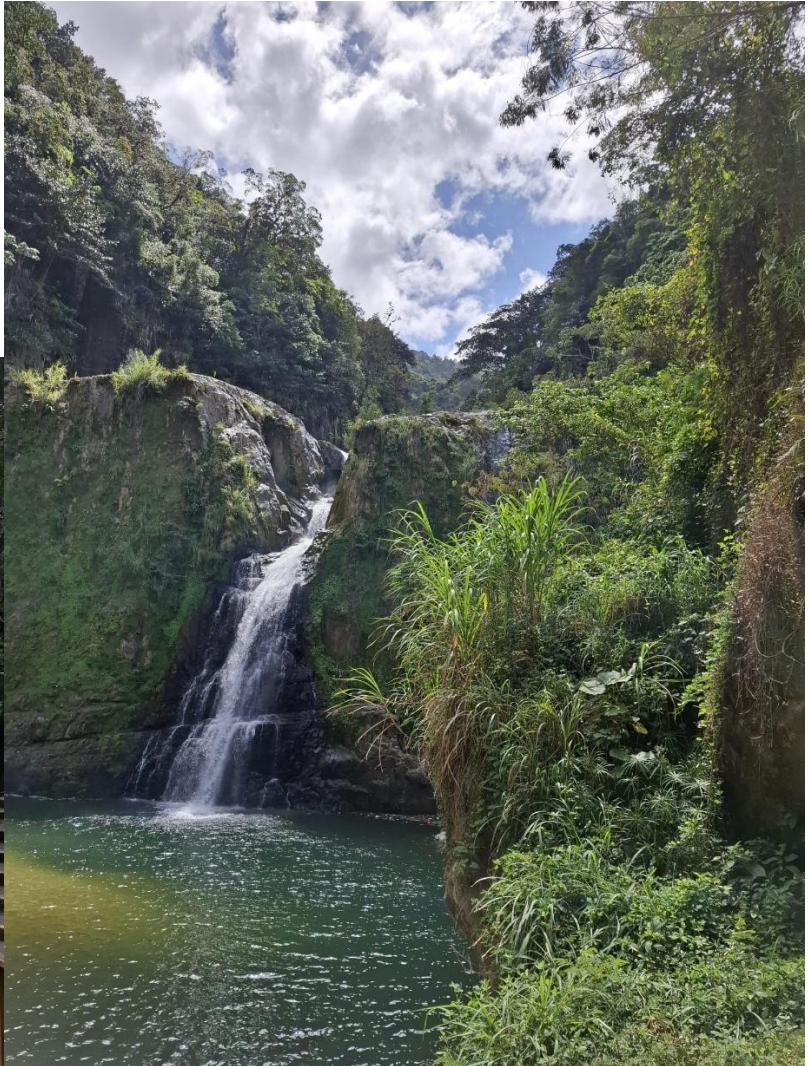
Llegamos a Jarabacoa y quedamos encantados. Nuestro hotel está justo a orillas del río Jimenoa, un lugar tan romántico que casi resulta cursi. Dejo que las fotos hablen por sí solas.



Por la noche disfrutamos de la deliciosa comida —conejo asado con tostones—, de la música del río y de las vistas, hasta que de repente recibimos visita. Una joven nos pregunta si podríamos ayudarla a ella y a su esposo, que hoy celebra su cumpleaños, a acabarse una botella de champán, ya que entre los dos no pueden. Difíiiiiicil, pero nos dejamos convencer. Además, nos invitan a un trozo de la tarta de cumpleaños, que está para chuparse los dedos. Luego los invitamos a nuestra mesa y nos cuentan que ella es de Colombia y él de Argentina. A lo largo de la noche nos enteramos de un montón de cosas, porque Leo, el cumpleañosero, es un hablador entusiasmado consigo mismo. Sabe que el vino caro y el ron caro son buenos, ¡bravo!, da una conferencia sobre los vinos chilenos, pero nunca ha oído hablar del Carmenere; probablemente no quiere humillarnos con su sabiduría. Decidimos terminar la noche en nuestra terraza y estamos más que satisfechos, porque nos la hemos ganado a duras penas. Lo que pasa es que al principio querían meternos en una habitación minúscula sin balcón. ¡Síiii, ellos también!

3.3. La ducha helada nos despierta de golpe; la ventilación, que hace un ruido infernal, junto con las taladradoras y las cortadoras de césped que no paran en todo el día, nos ayudan a mantenernos

despiertos. Muchas gracias, gracias. Tomamos un taxi y nos dirigimos a la cascada Salto de Jimenoa. ¡Allí nos espera el próximo paraíso! Caminamos a lo largo del río, cruzando innumerables puentes colgantes hasta llegar a la cascada. Aparte de nosotros, solo hay otro grupo, que nos impresiona porque cuenta con una elegante dama con tacones dorados. Por desgracia, soy un plato delicioso para los mosquitos, pero por suerte no me doy cuenta hasta la noche, cuando las mordeduras empiezan a picar. Aquí van algunas impresiones.



Continuará.